

SERMON
DEL INSIGNE OBISPO
SAN MARTIN,
QUE EN SU IGLESIA PARROQUIAL
DE VALENCIA

EL DIA II. DE NOVIEMBRE DE 1773.

DIXO

EL D.^R D. VICENTE PERIS,

*CATHEDRATICO DE FILOSOFIA, I THEOLOGIA,
Examinador de ambas Facultades en la Universidad de Va-
lencia, Predicador Titular de la Excelentissima Ciudad,
i Beneficiado en la misma Iglesia.*




IMPRIMIOSE A EXPENSAS

DE DON ANTONIO PASQUAL I GARCIA DE ALMUNIA,
Obrero Mayor de la Ilustre Parroquia de S. Martin.

EN VALENCIA:

En la Imprenta de Benito Monfort. Año de 1774.

Biblioteca  Valenciana
Sermón del insigne Obispo



CV/1290

R 58.424



FECIQUE TIBI NOMEN GRANDE
*juxta nomen magnorum, qui sunt
in terra. II. Reg. VII. Versu IX.*

I TE DI UN NOMBRE GRANDE
a la manera que le gozan los gran-
des de la tierra.



Ue elogio, Señores, que elo-
gio esperais oir en este rato?
Desde luego os confieso, que
el Heroe de mi asunto es
mui superior a las debiles
fuerzas de mi aliento: las
brillantes circunstancias que
caracterizan su grandeza pedian de justicia mas
eloquente facundia. El es un hombre, cuyo ca-
racter le han mirado con asombro todos los siglos:
un hombre, en cuya alabanza han empeñado sus

ingenios los primeros personajes del christianismo: un hombre, que fue el oráculo de su siglo, la columna de la fee, el Atlante de la Iglesia: un hombre que en su porte, fue el modelo de la perfeccion para todos los estados: un hombre, que antes de ser christiano mereció vestir al mismo Christo: un hombre... Mas dónde camino? Un hombre, que segun S. Bernardo (1) fue grande en sus virtudes, grande en sus meritos, grande en sus milagros. No estrañéis, si se me ayuda la lengua, porque la gratitud, i la devocion exigen mi ternura. El es el insigne, el Grande SAN MARTIN, Obispo de Tours, mi venerado Patron, Dignísimo Titular de esta Santa Iglesia, i benignísimo Protector de esta Ilustre Parroquia. Que elogio, vuelvo a repetiros, esperais de mí en este rato? Pensareis acaso, que tendiendo la vista por todas las edades buscaré las prerrogativas sublimes, que repartió la mano poderosa del Altísimo por todas ellas, i os presentaré a nuestro Santo adornado con todos estos dones excelentes, que hicieron celebres a tantos heroes en la memoria de los hombres? Pues nada menos; porque esta empresa en glorias de San Martin la desempeñaron con acierto San Gre-

(1) Serm. de Exempilis obedientie in laudem S. Martini.

gorio Turonense en sus quatro Libros, i San Paulino, Obispo de Nola, en sus elegantes versos. Creereis, que precisado de mi empeño, voy a buscar por las soledades de la Palestina a Abraham para modelo de la obediencia, en la cumbre del Oreb a Moises para dechado de la caridad, en las breñas cercanas al torrente de Carib en Elias un hombre, penetrado todo del zelo de la honra de Dios? Yo me tomara con gusto este trabajo, en obsequio de nuestro Santo, a no enseñarme San Severo Sulpicio (1) que la obediencia de Abraham, la caridad de Moises, el zelo de Elias, i aun quantas prerrogativas, excelencias, i gracias derramó la Providencia entre todos los Patriarcas, i Profetas de la lei natural, i de la lei escrita fueron solo unos geroglificos, unos emblemas, o unas sombras de los dones sublimes de San Martin en la lei de gracia. No atribuyais, os ruego, a hiperbole esta expresion; ni menos la juzgueis apasionado elogio de un Discipulo, i tan querido de nuestro Santo; por que me persuado, que vosotros mismos os haréis cargo de su verdad. Leed, para esto, con cuidado las historias eclesiasticas, que no sé yo si encontrareis en sus fastos un heroé, adornado con quali-

(1) In vita S. Martini.

dades mas preheminentes, ni otro que con mas es-
mero supiera unir en si mismo, con enlace mas
precioso, en todos los estados de su vida, la seguri-
dad en los riesgos, i la virtud en los peligros. Si le
mirais entre las solfuras de Soldado, veréis en él
un Monge el mas contenido: si Anacoreta en el
hiermo, Religioso en el claustro, veréis en Mar-
tin el modelo de la vida heremitica, el dechado
de la monastica. Pues que si le admirais colocado
sobre el brillante candelero de la Prelacia? Cree-
rais que avian resucitado en nuestro Santo aquellos
primeros Pastores del Christianismo, que le esta-
blecieron con sus audaces, le ennoblecieron con
sus virtudes, i le solidaron con sus milagros, cla-
mariais sin duda con la Iglesia: (1) *Martinus per
Apostolia*, Martin es igual a los Apostoles. Mira-
va yo allá a mis solas este heroismo de nuestro San-
to, i lleno de aquel respeto, que exige su gran-
deza, no sabia discernir el caracter de su virtud he-
roica: llegó a persuadirme, que la Omnipotencia
avia aplicado particularmente sus esfuerzos, para
formar en San Martin un prodigio, compuesto de
muchos milagros. Mas luego advertí, que este
pensamiento mismo le tuvo tambien San Bernar-
do.

(1) S. Greg. Turonensis Lib. 1.

do. (1) Forma este Santo Padre un elogio Pane-
gírico de nuestro Santo, i le atribuye aquella ala-
banza misma que la Escritura da al Bautista: *Erat
lucerna ardens, et lucens*. Era una luz, que ardia,
i brillava. Pero eran de tan alta gerarquía sus ar-
dores, i sus luces, prosigue el Santo, que todas
piden de justicia nuestro asombro, porque eran
cada una un milagro. Como es dable, me decia a
mi mismo, que yo aciese a explicar a fondo las
luces de este Astro, las fuerzas de este Atifante;
las virtudes de este Obispo, los milagros de este
Taumaturgo. Esta empresa fue objeto digno de las
dos lumbreras grandes de la Iglesia el Angelico Do-
tor Santo Thomas, que con su acostumbrada sa-
biduria, i eloquencia discurre en su Panegirico por
todos los estados de su preciosa vida, i en todos
nos le presenta prodigioso, i el Serafico Doctor San
Buenaventura, que en el Sermon de nuestro San-
to nos le hace ver en todas sus virtudes admirable.
No es posible, Señores, a mi insuficiencia pinta-
ros una imagen tan hermosa; yo me contentaré
solo, en desempeño de mi encargo, con formaros
un bosquejo tosco de su grandeza. Con este de-
signio solo, elegi por thema las palabras que os
pro-

(1) Ibid.

propuse al principio, ellas puntualmente son las mismas, con que Dios por medio de Nathan significó a David los quilates de su grandeza: I te di, le dixo, un nombre grande a la manera, que le gozan los grandes de la tierra; que es decir, yo te di una grandeza igual a las mayores de la tierra, porque creo que el Señor se dignó renovar en nuestro Patrono esta apreciable beneficencia: I es que San Martín fue, i ved la propuesta de mi asintio: **EL HEROE GRANDE DEL CHRISTIANISMO.** No quisiera que los borrones de mi ignorancia tiznaran tanta gloria: Vos, piadosísimo Prelado, alcanzad del Señor alguna luz a mi entendimiento, i vosotros, que os avéis resuelto a oírme con paciencia, ayudadme a pedir a los pies de nuestra adorada Reina el acierto, i la gracia.

AVE MARIA.

¡ TE DI UN NOMBRE GRANDE a la manera que le gozan los grandes de la tierra. Loco cit.



Uien negará que el Sol es grande entre los Astros. El brilla a nuestros ojos con mayores luzes, el reparte liberal entre los demás Planetas inferiores sus lucimientos: i por esta regla nadie duda, que Alejandro fue grande entre los Capitanes, Pompeyo entre los Emperadores, Aristoteles entre los Filósofos, Abraham entre los Caldeos, Moises entre los Gitanos, i Daniel entre los Babilonios. Estos heroes se dicen grandes entre los hombres, al modo mismo que el Sol se apellida grande entre los Astros, porque sus gloriosas acciones les hicieron descollar sobre los demás, como descollava Saul en la Palestina sobre todos sus Patriotas. Ellos fueron cada qual en su linea unos practicos modelos del heroismo, i por esto se adquirieron el timbre de grandes entre los hombres, como el Sol disfrutó el blason de grande entre los Astros. I ved ahora en breve, Señores, porque apellidé yo a San Martín

tin Obispo en su elogio Panegirico : El Heroe grande del Christianismo.

Pero ya se hace preciso, que acrediten sus mismos hechos la verdad de mi propuesta. Empeñada la Providencia en engrandecer a nuestro Santo a la vista de Dios, i de los hombres, le hizo comparecer sobre la tierra adornado con los dones mas excelentes : competian en él la naturaleza, i la gracia en sus prerrogativas. I si no imaginaos en nuestro Santo un Joven de diez i siete años, hermoso, robusto, afable, docil ; dotado de un genio suave, de un entendimiento vivo, de una voluntad sincera, de una honestidad nativa ; que tal nos le pintan los que le conocieron. I decidme. No es cierto que estas prendas naturales, juntas con un ilustre nacimiento, le harian formar, para sus adelantos, los proyectos mas ventajosos ? No era preciso que aspirara con sus acciones a añadir nuevos timbres a los trofeos de sus ascendientes ? Pues nada menos. A los diez años de su edad ya avia dado su nombre entre los Catecumenos, segun el estilo de aquellos tiempos, i pensava ocultar en las soledades de un desierto su persona, su nombre, i esperanzas. Admirables serian estos designios en un hombre, que se hubiera criado desde niño, co-

mo Samuel en lo sagrado del santuario, o que huviera nacido, como David, de unos Padres igualmente ilustres, que piadosos, pero fueron en nuestro Martin singulares. El nació al mundo de unos Padres idolatras, la disolucion, i el escandalo le tenia a la vista desde la cuna : de la boca de sus Padres solo oia los profanos nombres de Jupiter, i Venus. Pero aquel gran Dios que a los principios del mundo del confuso caos de las tinieblas se dignó sacar la luz, quiso tambien en este caso hacer un prodigioso alarde de su poder, i colocar en el firmamento de la Iglesia este bello Sol, nacido de entre las confusas nubes del Gentilismo.

Mas no se satisfizo la Providencia con tan preciosos principios. Luego dispuso que este Joven se presentara a los riesgos, para hacerle triunfar de los peligros. Emulo nuestro Santo de los fervores de los Antonios quisiera retirarse a los desiertos de Egipto, i seguir allí las austeridades de los Onofres, enterrarse en una cueba con los Macedonios, rasgarse la carne con disciplinas, i cilicios con los Eusebios : Pero el Cielo, que avia formado de Martin otros designios, dispone que le presente su Padre como Soldado en el Exercito de los Romanos. Pero en un Exercito de Soldados Idolatras, di-

solutos, libertinos: en un Exército, cuyos Gefes no reconocían mas deidad que su apetito, mas lei, que su ambición: en un Exército, cuyo gobierno primero fue el Arrianismo de Constancio, después el escándalo de Juliano, Pobre Martín! entre tantos monstruos. Pobre Joven! entre tantos riesgos. Yo me temo, que han de arrebatarle los furiosos torbellinos del libertinaje, i sus apetitos han de correr a la par con los de sus compañeros. Si le engañarán, como a Ulises, las Sirenas de Africa? Si le rendirán, como a Hercules, las Encantadoras de la Grecia? Pero qué digo? Martín es Santo entre las solturas de la soldadesca: él se aprovecha del denuedo que infunde el estrepito militar, para hacerse superior a todos los choques del abismo. Embraza, como Josue, el escudo de la fee, i no le baxa, hasta triunfar de los Madianitas: se previene, como Sanson, con las armas de la esperanza, i usa de ellas, hasta rendir a los Filisteos: mapeja, como David, la honda de la charidad, i no la dexa de la mano, hasta postrar a los Gigantes. Qué os parece, Señores? Esta si que es virtud a prueba: esta si que es santidad heroica: este si que es baluarte fuerte, que no cede a los embates: esta si que es roca firme, que no

pueden contrastarla los impetus de las olas: este si que es cedro robusto, que colocado en la cumbre, mira con sosiego la tempestad, que asusta al valle. En una palabra, para no seros a los principios tan molesto, el porté religioso de Martín, quando Soldado es mirado con honor de los Soldados, de los Gefes, i de los mismos Emperadores.

Pero no lo extraño, que el recato, i la modestia en las obras, i en las palabras es un exterior caracter, que se concilia el respeto, aun de los mas disolutos. Mas qué sería si aquellos Gentiles huvieran podido sondear todo el fondo de aquel corazón magnánimo? Que, si ellos fueran capaces de penetrar todo el valor de aquella preciosa margarita, que Martín guardava con reserva dentro la concha de su pecho? Pero si a ellos no les fue lícito, por su ceguera, entremonos nosotros ahora a registrar los senos de aquella alma grande, de aquel espíritu gigante. Mas para qué fatigamos con este trabajo, que él solo nos ocuparía todo el tiempo, que pudiera llenar mi Panegirico. Por sus acciones podremos de algun modo rastrear la grandeza de su heroismo. No perdais de vista que Martín es aun un visón Catecumeno, aun no ha recibido las saludables aguas del Bautismo, con

que

que nos limpiamos de la culpa original, i de esclavos del demonio pasamos a ser hijos de Dios, aun no es efectivamente Christiano; i sin embargo en este estado executa una accion tan gloriosa, que se hizo acreedora a los elogios de los Cielos, i de la tierra. Se le presenta a Martin un pobrecito desnudo, i no teniendo con que cubrir su desnudez, sino la capa, que llevaba sobre sus ombrós, se desembaraza de ella, saca la espada, la parte por medio, i ambos quedan medio vestidos, con irrisión de los Soldados, pero con jubilo universal de los Angeles, que con asombro miran al mismo Christo cubierto con la media capa de Martin, haciendo un precioso alarde de una resolucion tan magnánima, con aquellas sabidas palabras: Martin aun Catecúmeno me vistió con su media capa. Qué extrañais este aprecio del mismo Dios? Pues oidme. Yo ya sé que las historias nos acuerdan las generosas liberalidades de algunos heroes. Aplauden de Macedonia las prodigalidades de los Alexandros, Persia las de los Ciro, Egipto las de los Ptolomeos; pero no podrán negarnos, que estos Monarcas repartían sus tesoros, pero tenían bien provistos sus erarios. I si nos acordaren la piedad Española del Emperador Trajano, que en cierta

oca-

ocasion supo hacer de su misma purpura vendas con que curar a los Soldados heridos, tambien sabemos, que este Monarca no tenia una purpura sola: Pero Martin Soldado, i pobre se queda con sola media capa, expuesto a las burlas del mundo, porque el pobre quede socorrido. Por eso, por eso el mismo Dios de la magestad, que fue Panegirista de Abraham, despues de su rendimiento, de David despues de sus empresas, de Daniel despues de sus hazañas, se hizo elogiador de nuestro Santo aun Joven, visón, e inexperto; para que supieran todos, los Cielos, la tierra, los Angeles, i los hombres, que Martin no es como aquellos regulares justos, que brillan como estrellas en perpetuas eternidades, sino que le colocó su omnipotente diestra en el Firmamento de la Iglesia como a Sol, que a los primeros pasos ya se presenta a nuestros ojos, como un pielago interminable de luzes, como un oceano de lucimientos: *Sicut Sol effulset in Templo Dei.*

Si estos fueron los ensayos de su santidad heroica, si estos fueron los cimientos, qual seria el apice de su grandeza? Yo me persuado que vosotros abreis ya formado de Martin un concepto muy superior a todos los hiperboles de la oratoria.

Abreis

Abreis leído en San Bernardo (1) que San Martín es el máximo de los hombres, el Ángel del Señor, el que dexa muy atrás a los Patriarcas, i Profetas. Abreis leído en San Pedro Damiano (2) que San Martín es un Héroe, que quando Monge fue la luz de la Iglesia, Clerigo, su norma, Sacerdote, su gloria, i Pontífice, la piedra mas preciosa de su diadema. I con solo haceros cargo de estos elogios abreis concebido una idea sublime, i magnífica de su heroísmo. Yo os hago la justicia de creerlos. Pero si quereis asegurar con la experiencia vuestro concepto, seguid los pasos de este Gigante de la gracia, examinad por menor algunos de sus hechos, i luego confesareis todos con nuestro insigne Prelado, el venerado Padre Santo Thomás de Villanueva (3) que San Martín fue el milagro de su siglo. I no quiero que os detengais en ver, como renuncia generoso los aplausos de su valor en la campaña, como pisa los laureles de sus triunfos, i busca en San Hilario mejor caudillo, que le adiestre en el manejo de otras armas: no quiero que le admireis en la Isla Galinaria, comiendo como el Bautista yerbas silvestres, i rasgando su carne con

(1) Serm. de S. Martino. (2) Serm. de S. Martino.
(3) Serm. I. de S. Martino.

asperos cilicios, i sangrientas disciplinas; ni tampoco que le sigais quando marcha de Milan, despues de aver sufrido azotes, i publicas afrentas, quando marcha desterrado por el cruel Auxencio: ni menos que os aflijais viendo al pobre Martín en un lobrego calabozo, oprimido con los grillos, i cadenas que impusieron sobre su cerviz los hereges Arrianos. Ea separad vuestra atencion de estos asintos melancolicos, i dirigidla toda a contemplar a nuestro Santo en la pobre celdilla de su Monasterio, i vereis en su porte un cristal, donde al vivo se representa toda la perfeccion de la vida monastica. No lo estrañeis: que Martín en la Francia avia formado el proyecto de reformar el estado, i convertir al Pueblo, con igual esmero que lo executó Augustino en la Africa; i en cumplimiento de tan ventajoso designio, procura antes en aquel retiro su propia santificación con asperisimas mortificaciones, i alienta con su exemplo a los Monges, para que se formen valerosos Soldados, que peleáran las batallas del Señor.

Yo no dudo que vosotros a vista de un porte tan prodigioso, creeriais, que este hombre como el Elias de la Iglesia, se avria alimentado en vez de leche, con la llama de aquel fuego abra-

sador, que enciende el corazon sin consumirle, porque él allí se abrasava, como el Fenix, entre las aromas de una caridad ardentísima: creeriais, que como al Moises del Christianismo le disponia la Providencia en las soledades de aquel Madian, para que se presentara despues en las Cortes de los Monarcas mas poderosos, i libertara su Pueblo de los Faraones obstinados: creeriais que como al David de la lei de gracia, le armava su Dios con báculo, i honda para derribar a los Goliades soberbios. I creeriais, con esto, lo mismo puntualmente que creyó todo el Pueblo de Tours. Hallavase a la sazón este pueblo, afligido sin Pastor, veia en Martin un sujeto, adornado con todas aquellas preheminentes qualidades, que exige la Prelacia: mirava en él un Elias zeloso, un Moises benigno, un David valiente; pero conocia bien su humilde encogimiento. Si le elegimos cara a cara para nuestro Obispo, decian aquellos prudentes Ciudadanos, se ha de huir del Monasterio, i retirarse a los desiertos. Pues buen remedio, denos una estratagema nuestro intento. Hacen que se presente un discreto Ciudadano en el Monasterio, que le signifique al Santo, que tiene a su muger enferma de peligro, i le suplique pase a la Ciudad

a darla algun consuelo: cree Martin la necesidad, i lleno de compasion dexa el Monasterio, i se parte a Tours; pero apenas pisa sus arrabales le recibe, i le cerca el Pueblo, aclamandole por su Obispo. Se sorprende, se asusta, se amilana, pero entre vitores, i aclamaciones le conducen al Templo, para sentarle en la Silla Pontifical. Lloro el Pueblo para que admita Martin: llora Martin para escusarse de aquel honor: insta el Pueblo, i el Santo levanta los ojos al Cielo, que entre soberanos oráculos le precisa a rendirse a su adorable disposicion. Pues qué teméis, Santo mio, de que llorais? Si es mayor el trabajo, que carga sobre vuestros ombros, tambien será mas precioso el merito en la presencia del Señor. Ah! que se le presenta a Martin en su Diocesi un páramo de fieras, un desierto lleno de monstruos, una selva inculta poblada de maleza. No veis, Señores, que era lo mismo empuñar Martin el Cayado, que presentarse a la frente de un Pueblo disoluto, que segun la descripción de San Gregorio Turonense, avia burlado hasta entonces el riego de tantos Martires, la predicacion de tantos Obispos, la proteccion de tantos Emperadores Christianos, i dexandose arrastrar de su perfidia, guardava en su recinto eregi-

dos publicamente templos a los ídolos, levantadas columnas, i humeaban aun en los turribulos los incien-
sos a las mentidas deidades? No veis que en aque-
llos infelices tiempos estava colocado el Arrianis-
mo sobre el Trono del Imperio en el Oriente, i
en el Occidente? No veis, que todas las Provin-
cias del Orbe Catolico yacian miserablemente su-
mergidas entre los turbulentos uracanes de la here-
gia? Entonces, entonces amotina con sus errores
a la Numidia, Novato: altera con los errores de
Arrio a Nicomedia, Macedonio: turba nuestra
España, Prisiliano, i alborota la Inglaterra, Pe-
lagio. Este miserable estado de la Iglesia abria del
todo la puerta al libertinaje, que se veia introdu-
do hasta lo mas sagrado del Santuario. No era
fuerza, que esta idea melancolica turbára aquel
aliento generoso? Yo creo que todos vosotros es-
tais persuadidos de esta verdad. Si Señores. Lloro
Martin, i temo cargar sobre sus ombros el peso de
la Prelacia en tiempos tan calamitosos.

Pero qué? Dirigid, Señores, vuestra atencion
a la Diocesi de Tours, i vereis, que apenas toma
nuestro Santo el governalle se transforma en un
Paraíso de delicias. Ello es asi; que parece avia
resucitado en Martin otro Jeremias para aquella

Je-

Jerusalén, otro Jonas para aquella Ninive, u otro
Elias para aquella Samaria. En efecto apenas este
hombre grande se vió consagrado Obispo procura
fortificar su corazón, como que él solo avia de ser
el muro fuerte de la Casa de Israel. Ah! que son
mui tibias mis expresiones para acordaros las po-
derosas armas con que procuró prevenirse este Ada-
líd magnánimo. Nada imutó, quando Obispo, en
la pobreza de su vestido, su habitación la reduce
a la estrechez de un Sepulcro, su comida solas le-
gumbres, su cama el duro suelo, pero cubierto de
cilicios, su oración continua, sus lagrimas perez-
nes. Con estas preciosas diligencias se abastece de
prudencia, de sagacidad, de valor, i sin mas apa-
rato de trenes, i carrozas, que un humilde jumen-
tillo, consigue empresas mas gloriosas, que los
Scipiones, i los Alexandros. Se presenta desde lue-
go en el campo de batalla, intima a sus subditos
las ordenes de Dios, ellos se resisten perfidos, i se
vén en la triste precision de echar mano de los cas-
tigos: como Moises en Egipto se vale del furor de
los elementos. Al imperio solo de su voz hace for-
mar de repente una horrible borrasca, que entre
el furor de los vientos, el estallido de los truenos,
i el horror de los relampagos arranca, i asuela
aque-

aquella alta torre , primor de la arquitectura , tiznada por tantos tiempos con el humo de los incien-
sos , que aquellas gentes dirigian a sus idolos : hace desprender de las nubes una columna de fuego , que con impetu violento desmenuza , i reduce a pavesas otra columna , que era trono de una deidad fingida : al golpe solo de su baculo hace , que brote la tierra valerosos soldados , que abrazando escudos , i blandiendo las armas , cierran con una tropa de Paganos , les desbaratan , les persigan , les amilanen hasta destruir el templo de sus falsos Dioses : postra luego a sus pies desavoridos , i asombrados a los Saulos , perseguidores del sacratissimo nombre de Jesu-Christo , i su doctrina. Como podeis estrañar , a vista de estos asombros , que consiga Martin gloriosos triunfos : que postre este Moises a los Faraones , que amilane este Daniel a los Nabuchos ; aquellos subditos perfidos , i rebeldes se transforman luego luego en corderillos rendidos , i obedientes. Si Señores. Al silbo solo de este Pastor se auyetan los Tigres porque no encuentran presa , i se retiran los cachorros de los Leones a sus madrigueras , segun la expresion de Elifaz en el Libro de Job. (1) No se yo con que palabras acabar de significar la
me-

(1) Jobi 4. v. 11.

metamorfosi , o transformacion de la Diócesi de Tours , governada por Martin : le miro , i le venero como Ezequias en Judá asolar los templos de los idolos , derribar un arbol famoso , que servia de ara para los inmundos sacrificios ; como Jeremias en Jerusalem clama por las calles , por las plazas , por los pueblos las justicias del Señor ; i en breve tiempo reforma al Clero , reduce al Pueblo , i convierte aquel desierto de fieras en un Paraiso lleno de Angeles.

Mas suspended un poco los asombros de vuestra admiracion , que estos fueron los preludios de su valentia , los ensayos de su invicta fortaleza. El sabia bien que toda la ruina del Pueblo dimanava del Trono ; porque en aquellos infelices tiempos le ocupavan unos hombres perversos , o idolatras , o hereges , o apostatas , o tiranos : Veia por otra parte no sin lagrimas , que los mismos Prelados de la Iglesia , que avian de ser las columnas del Santuario , sacrificavan a sus propios intereses , las obligaciones altisimas de su ministerio : ningun fruto estable se prometia de sus tareas Apostolicas , si no cortava de raiz este desorden. I que juzgaréis , Señores , haria Martin en estas circunstancias. Qué ? Lo mismo puntualmente que Sanson en el campo de Tamnata , acomete cara a cara a los Leones , les vence , les

fin-

rinde, i les despedaza. Solo, i pobre se presenta Martin en el Palacio de Valentiniano, que llevado de su fiereza, i de los consejos de la impia Justina en vez de recibir a nuestro Santo le desprecia; pero què poco le asusta: se vale de su autoridad, levanta los ojos al Cielo, i se introduce hasta el retrete de aquel malvado Emperador, que con fiereza de tigre, iba a desahogar su colera con la guardia por su descuido: mas advierte encendido en viva llama el Trono, que sostiene su persona, se levanta pasmado, le concede quanto quiere, aun antes que lo pida, le obsequia, le venera, le regala. I lo mismo con mas esmero practicò con nuestro Santo el Emperador Maximo, aquel Tirano, que arrebatò en Inglàterra la Diadema Imperial de las sienes de Graciano, i fixò su Corte en Treveris. Ol quien tuviera aora la facundia de San Paulino para pintarlos, como el, este lance con toda su viveza; porque quèn diria que un hombre tan cruel, i tan fiero como Maximo, tendria la bondad de rogar a Martin, se sentara a su mesa, sufriria con paciencia, que la misma Emperatriz le sirviera de rodillas, i què el Santo por su mano pasara el vaso para beber a un Sacerdote, que le acompañava, antes que bebiera el Emperador? Pues todo, todo lo su-

frió

frió Maximo. Pero què mucho; si mirava en nuestro Santo Obispo resucitado a Nathan, que con palabras severas le hace cargo de su rebeldia, i le fulmina de parte de Dios horribles castigos, por el sacrilego atrevimiento de su osadia: Si mira en Martin un Hercules con tan generoso aliento, que en cada voz le fulmina un rayo, que le horroriza, un trueno, que le pasma. Con igual gallardia rinde Martin la perfidia del cruel Adisiano, aquel azote de la Francia, que a la frente de un grueso exercito consternò sus Provincias: este impio avia formado el designio mismo de Nabucho, queria sojuzgar, si le fuera dable, a todo el mundo, i poniendo en execucion su proyecto, hacia llorar la tierra con sus crueldades, temblava el pueblo amilanado el aliento, oprimido el animo sin otras armas ya para su defensa, que las lagrimas con que llorava su desgracia. Lo sabe Martin, le busca valeroso en su misma tienda, el se resiste, pero una voz espantosa le obliga a dexar la cama, sale, se postra a los pies de nuestro Santo Obispo, macilento, i confuso le pide perdon, le entrega los presos, le rinde las armas, despide el exercito, i Martin le paga estas finezas auventando con un soplo al Demonio, que llevaba Adisiano sobre las espaldas.

D

Què

¿Qué os parece, Señores? Visteis acaso en todos los fastos de la historia hombre mas valeroso, Obispo mas magnanimo, heroe mas insigne? Lee-
réis en ellos, es verdad, la firmeza de Athanasio
contra Constancio, la constancia de Basilio contra
Valente, la valentia de Leon contra Atila, i la
eficaz persuasiva de Bernardo contra Guillermo.
Pero quando visteis en ellos un Athanasio solo, un
Basilio solo, un Leon, i un Bernardo solos, con-
tra tantos Constancios, Valentes, Atilas, i Gui-
lhermos? Ni os canséis en buscarlos, que este de-
nudo invicto le reservó el Cielo para solo Martin.
Este heroe grandé es el muro de bronce de la Ca-
tholica Iglesia, que no pudieron batir juntos los ti-
ros de tantos enemigos: él es el Alcázar de la nueva
Sion, que se hizo insuperable a los combates de los
Valentinianos, de los Maximos, de los Adisianos:
i él es el triunfador sin segundo, cuyos laureles han
hecho immortal su nombre en todos los siglos. Es-
trañaréis, no lo dudo, en un hombre solo, i desti-
tuido de todo favor humano, tanta valentia, tan in-
victa fortaleza, mas esto será, según yo pienso, por-
que no avreis reflexionado la causa. No podreis ne-
garne, que todo el impulso de su constancia nació
de su caridad ardentísima. Este besubio de amor a

su

su Dios, i al proximo, que ardia en su pecho, em-
peñava su valor a las generosas empresas de su zelo,
alicionava su espíritu, alentava sus palabras: de los
labios de Martin salian rayos, para postrar a los di-
solutos, pero tambien se destilavan dulzuras para
confortar los pusilánimes. Qué zelo en las declama-
ciones! Qué solidez en los dictámenes! Qué cultu-
ra en el estilo! Qué pureza en las palabras! Jamás,
dice San Severo Sulpicio, discipulo, i oyente casi
continuo de nuestro Santo, jamás oi de la boca de
otro hombre doctrina mas conforme, ingenio mas
solido, hablar mas culto. No quiero quitar el valor
a sus palabras: (1) *Ex nullius unquam ore tantum
scientia, tantum ingenii, tamque boni, & puri sermonis
audire.*

Pero esta peregrina eloquencia la hacia feraz el
Cielo con estupendas maravillas. O! quien no hu-
viera abusado tanto de vuestra paciencia, para ha-
ceros ver ahora a Martin el Taumaturgo de su siglo.
No lo dudeis que fueron mas sus milagros que sus
palabras: quatro libros enteros llena de ellos San
Gregorio Turonense, San Severo Sulpicio refiere
muchisimos, pero añade que son mui pocos; i San
Bernardo (2) a los milagros de San Martin les con-

D 2

ce-

(1) In vita S. Mart. (2) Ibid.

cede, en el número, i circunstancias, cierta igualdad con los milagros de Jesu-Christo. Imaginaos en San Martin un hombre, a cuya voz obedecian rendidos todos los elementos, todas las enfermedades, i hasta la misma muerte, i vereis en el otro Moises en Egipto, otro Eliseo en Samaria, i mejor Cesar en su exercito, segun la expresion de Lucano, hecho un todo para todos. Pero yo en qué os fatigó? Aquella paternal ternura con que mirava a sus proximos, no le dejaba libertad para la compasion, él queria socorrer todas las miserias, consolar todas las aflicciones, remediar todas las necesidades: en cumplimiento de este designio, ofrecia sus trabajos, sacrificava sus conveniencias, i como que se deshacia, por favorecer a sus proximos: en nada estimava sus propias comodidades mientras podia servir de algun consuelo. En credito de esta verdad, me es preciso combidaros para que admireis el espectaculo mas tierno, el caso mas raro que quizás nos acuerdan todos los siglos. Ved a Martin, que yace sobre el duro suelo, extenuado, macilento, moribundo, fija los ojos en el Cielo, i como Estevan mira de par a par abiertas las puertas de aquella triunfante Jerusalem, contentos los Angeles ensayando armonias, alegres los Justos previniendo cantares, para celebrar

en aquel eterno Capitolio el triunfo de este Heroe valeroso, de este Adalid magnanimo. Que ansias tendria tan dulces aquel corazon, tiernamente enamorado de su Dios, por el goze de tanta dicha. El suspiraria, como el ciervo herido, por aquellas fuentes indefectibles de nectares, i ambrosias; desearia, como Pablo, desprenderse de la pesadez de la carne para gozar tanta gloria en el Paraiso de los deleites. Pues nada menos, Señores, nada menos. Buelve los ojos a sus discipulos, que con amargas lagrimas explicavan su dolor, por la pérdida de tan grande Maestro, i luego renuncia generoso las seguridades del puerto, mientras pueda servir de Piloto entre los peligros del golfo con aquellas sabidas palabras: Señor, si aun soi de provecho a vuestro pueblo, no me niego al trabaxo. O! alma grande: o! espiritu gigante: o! varon inefable, diré con la Santa Iglesia, superior al trabajo, vencedor de la muerte. (r) Pensavais que en este lance diria como Elias, perseguido de Acab, i de Jezabel: *Sufficit Domine mihi*, basta de congojas? Es mas generoso su aliento: por eso prorrumpe, vengan trabaxos. Esperavais, que se resistiria como Ambrosio a las suplicas de Honorio, para que se quedara un poco tiempo sobre la tier-

tierra : o que entre lagrimas , i sollozos , como el grande Augustino , instaria por el merecido premio de sus fatigas ? Es mas valiente su espiritu ; por eso con un valor sin segundo cede a beneficio de sus proximos , aun la posesion pacifica de su Dios.

Qué susto avia de causarle a este Alcides del Christianismo entre aquellas mortales agonias nuestro comun enemigo : él se le presenta en forma visible , mas no se amilana aquel corazon magnanimó. No dice , como Hilario , en aquel terrible trance : *Egrederet anima mea , quid times ?* Sal alma mia , no temas , sesenta años has servido a Jesu-Christo en estas solitarias breñas , i aun temes comparecer delante del Supremo Juez ; sino que nuestro Martin , con un valor sin exemplar , le dice a aquel monstruo del Abismo : Qué esperas , bestia cruel , nada has de hallar en mí que acriminar en el severo juicio de Dios : *Nihil in me fuisse reperies*. Pasmosa confianza , expresion nunca oida. Extrañareis ahora , diga S. Bernardo (1) que la Providencia quiso aplicar sus esmeros para hacer ver en San Martín un heroe , superior a los Angeles ? Desempeñan , es verdad , estos nobles espiritus , todos los proyectos de la Providencia , pero sin perder la vista del Padre Ce-

(1) Ibid.

Celestial , ni estar sujetos a las incertidumbres de esta vida miserable. Quizás , prosigue el Santo , sin estas circunstancias no serian ellos tan puntuales observadores de las ordenes de Dios : no baxarian tan sollicitos a mover los Astros , a defender los Reinos , a guardar los hombres , a degollar primogenitos , a ahogar Gitanos , a matar Asirios. Pero Martín se arroja intrepido a los peligros , estima el trabajo , las ansias , las miserias de esta vida , i deja los placeres eternos de la Gloria ; i sin embargo no recela cargo alguno en el mas temible Tribunal. Yo creo que no encontrareis asombro semejante en el Cielo , ni en la tierra. Como cabe ahora , que yo os exorte a seguir las huellas de este Adalid magnanimó , (1) si el Nazianzeno , i el mismo San Bernardo me enseñan , que a San Martín le puso Dios en la Iglesia mas para el asombro , que para el exemplo. No lo viste Señores ? El fue Santo entre los riesgos : virtuoso entre los peligros : dadivoso entre la escasez de la pobreza : zeloso entre disolutos : animoso entre Principes perfidos : El fue el Obispo mas magnanimó : el oraculo mas veridico : el amante de Dios mas generoso : El fue , el Santo Loth de la Iglesia , i el Heroe grande del Christianismo : *Pecique tibi*

(1) Serm. de S. Mart.

nomen grande juxta nomen magnorum qui sunt in terra.

Admitid, Insigne Protector de esta Iglesia, el reconocido feudo , que anualmente os tributa la piedad, la gratitud, i la devocion. Mirad con ojos benignos desde el Cielo a quantos se interesan en vuestro culto, especialmente al que en este Año, noblemente prodigo , consagra en vuestro culto tan solemne obsequio : experimente el premio el mismo, su casa , i su familia al abrigo de vuestra poderosa proteccion. No llega a mas mi ignorancia , perdonad la torpeza de mi lengua , con que avré obscurecido vuestra gloria: alentad mi espíritu con algun destello de vuestro zelo, para que en la proxima Quaresma explique con acierto, i fruto las maximas de la Moral Christiana. Bendecid a este mi Reverendo Clero para que cada uno de sus individuos, sea un fiel imitador de vuestras virtudes: Bendecid a esta ilustre Parroquia , a este noble, i numeroso concurso , a todo este pueblo, para que todos, todos sigamos con docilidad las inspiraciones de la Gracia, i adoremos al Señor por toda eternidad en la Gloria. *Ad quam &c.*

Puede imprimirse.

Dr. Almarza, Vte. Gen.

Imprimase.

Eulata.